

El horizonte de una nueva cultura vocacional



[XAVIER QUINZÀ LLEÒ, S. J.]

1. DISEÑAR UNA HOJA DE RUTA

Hablar de “hoja de ruta” quiere decir: diseñar los pasos que debemos dar, a partir del recorrido que los consagrados hemos andado a lo largo de estos años. Estoy convencido de que a nuestra generación nos toca, con decisión y también con ternura, hacer un ajuste de cuentas con nosotros mismos y con nuestro compromiso eclesial. Nos lo debemos a nosotros y se lo debemos a las generaciones actuales de la vida consagrada, porque estará bien que cerremos algunos procesos que nosotros iniciamos al menos hace treinta años.

Hemos acumulado un capital grande de variadas experiencias en

nuestro recorrido vital de la consagración, y nos debemos disponer a pasar el testigo a nuestros jóvenes liberando algunos bloqueos y señalando con humildad muchas equivocaciones. Sinceramente, creo que hemos realizado una buena tarea, y pese a las deserciones, o más bien a los vulnerados y heridos en la contienda, hemos concluido un esfuerzo hermenéutico y práctico de adaptación y puesta a punto de la cultura de la vida consagrada.

Revitalizar el don recibido es nuestra tarea. Ahondar en las experiencias que hemos hecho del Señor, de sus dones particulares, del modo como Él se ha hecho el dueño de nuestra existencia. Descubrir la pasión central de nuestra vida: que es Dios como una llama de amor que



→ hay que cuidar, y a la vez, la urgencia de tender la mano a los que se nos aparecen en el camino porque están necesitados de ayuda.

Los consagrados y consagradas de hoy creemos que nuestro propio lugar sólo se puede señalar como “lo escondido”. Allí es donde aprendemos a descifrar la vida; donde buscamos que nos entregue su tesoro más preciado, aquel que no se le puede arrebatar a fuerza de puños, el que no se compra con todo el oro del mundo, pero también, el que podemos perder de un modo tan sumamente fácil.

Allí es donde debemos acudir para hacer posible la emergencia de Dios en nosotros y en los avatares de nuestra vida. La vida consagrada necesita volver a ese lugar esencial para encontrar su nuevo rostro. Un lugar en donde no cuentan los reflejos, sino la realidad primera, la que queda sugerida desde el corazón, el centro vital que somos y desde el que nos nutrimos.

2. UNA NUEVA CULTURA PARA LA VIDA CONSAGRADA

Un ángulo distinto para la vida consagrada

En la vida consagrada debemos dirigir nuestra reflexión hacia un aprendizaje continuo de la eclesialidad, y no solo en un enfoque aparte, privado y parcial. Podemos estar dejando pasar una gran oportunidad, y sobre todo podemos estar tomando decisiones que no nos permiten utilizar nuestra capacidad para mejorar de forma y fondo la cultura de la vida consagrada en la que nos movemos.

Los grupos religiosos del nuevo siglo serán sin duda aquellos que puedan percibir todas las dimensiones en las que se desempeña la vida eclesial en su conjunto. Sobre todo atreviéndonos a ver más allá de

lo que cada uno de nuestros grupos aislados es capaz de ver, integrando puntos de vista y perspectivas para entender la realidad en comunión, una óptica común que sólo se logra a través de aceptar que precisamos de una nueva sinergia con los demás en la Iglesia.

Las demandas en el ambiente actual de la vida consagrada han dado lugar a un escenario en el que sólo podrán sobrevivir organizaciones que funcionen como células de un cuerpo mayor, como organismos orientados a garantizar su equilibrio dinámico, sobrevivir y duplicarse.

Como en cualquier transición, el cambio es gradual pero definitivamente continuo y habrá contextos más expuestos a este tipo de presiones que otros. Todo el contexto eclesial está influyendo para ver nuevas

formas de organizarnos, que hasta ahora sólo han sido como pinceladas de un nuevo paisaje que comienza a cobrar forma. No será una buena práctica la de levantar cortinas de humo alrededor de errores difíciles de ocultar, ni será fácil culpar a otros de los errores propios. Pero tampoco será adecuado coartar las iniciativas honestas ni las buenas ideas innovadoras.

En realidad lo que se vive es un proceso interno en el que los mecanismos de autodefensa organizacional se disparan y desactivan el proceso de cambio eclesial de manera paulatina. Las fuerzas internas que se oponen al cambio son muy poderosas y existe una amplia variedad de mecanismos de autodefensa auto-organizados que se resistirán al cambio del *status quo* actual.

No será una buena práctica la de levantar cortinas de humo alrededor de errores difíciles de ocultar, ni será fácil culpar a otros de los errores propios. Pero tampoco será adecuado coartar las iniciativas honestas ni las buenas ideas innovadoras.





Crisis y desplazamiento de la vida religiosa

Desde este ángulo diferente la situación de las congregaciones religiosas es muy comprometida. Nos encontramos frente al desafío de una reestructuración institucional necesaria e inevitable. Ante ello se hace urgente una postura lúcida y generosa que lleve adelante el proceso con audacia y discernimiento, porque no hay respuestas a corto plazo. No debemos poner los ojos en soluciones inmediatas, la travesía es a largo plazo.

Si preguntamos a muchos consagrados y consagradas de nuestros días, quizá un sentimiento muy compartido sea la extrañeza de sabernos como expulsados de nuestra propia casa. Los miembros de la vida consagrada éramos considerados como

los expertos en cristianismo y éramos mirados como gente que tenían un gran valor en medio de “los cristianos de a pie”, es decir: los laicos que vivían su bautismo como unos más en medio del mundo.

Pero, de pronto, como sin avisar, hemos vivido un desplazamiento simbólico de nuestros lugares de pertenencia. No es que nadie nos haya echado de nuestras casas, como en aquellos tiempos de persecución, sino que nos hemos ido sintiendo en este mundo en el que vivimos como de sobra, como “de más...”.

La experiencia más viva del reconocimiento social que recibíamos se ha convertido en un conflicto abierto en muchos casos. Debemos justificar nuestra existencia, y sólo por la misión humanitaria o social que desempeñamos se nos reconoce

el derecho a existir. Valemos por lo que hacemos, aunque seamos lo que somos: cosa que cada vez interesa menos a todos.

Desde este punto de vista nos sentimos ante la tentación de ser “productivos” en la sociedad en la que nos insertamos, de tener un lugar propio por lo que hacemos, aunque no se nos acepte por lo que somos. Este dilema entre el ser y el hacer está marcando cada vez más nuestro horizonte vital y amenaza con contagiar también a las motivaciones de nuestra vida. Lo importante, en estas circunstancias, sería –según pensamos– atender a la “eficacia apostólica”, a los resultados de lo que hacemos.

Sin embargo, evaluar nuestra vida por los resultados concretos de nuestra acción educadora o social nos puede poner en el límite y aun hacernos caer en un exceso de responsabilidad: nos cargamos sobre las espaldas la tarea de transformar la realidad social y a sus protagonistas, con toda la problemática que ello conlleva. Sobre todo por el desgaste que nos supone aceptar cada día las propias deficiencias y los propios fallos.

Frente a la tentación del poder: hombres y mujeres de deseo

El ser humano, hombre o mujer, siempre vive por encima de sus realidades, vive en el amplio territorio de la posibilidad. No hay abertura sobre el mundo sin un deseo que le vaya asociado. El deseo es un mecanismo de ignición, una fuerza que nos prende y que busca saltar sobre nuestra propia sombra. De tal modo que el desplome de la potencia vi-

